

Michel Faber

El Libro de las cosas nunca vistas

Traducción de Inga Pellisa



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
The Book of Strange New Things
Canongate
Edimburgo, 2014

Ilustración: foto © Nádía Maria

Primera edición: febrero 2016

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© De la traducción, Inga Pellisa, 2016

© Michel Faber, 2016

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2016

Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7944-5

Depósito Legal: B. 506-2016

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

I. Hágase tu voluntad

1. CUARENTA MINUTOS DESPUÉS, ESTABA CRUZANDO EL CIELO

—Iba a decir algo.

—Dilo —respondió ella.

Se quedó callado, con los ojos clavados en la calzada. En la oscuridad de las afueras, no había nada que ver salvo las luces traseras de otros coches a lo lejos, el rollo de asfalto desplegándose sin cesar, los elementos gigantescos del mobiliario vial de la autopista.

—A lo mejor decepciono a Dios sólo por pensarlo.

—Bueno —dijo ella con un suspiro—. Él ya lo sabe, así que puedes decírmelo.

Echó un vistazo a su cara para decidir con qué humor había dicho aquello, pero la mitad superior de su cabeza, incluidos los ojos, quedaba oculta en la sombra que proyectaba el borde del parabrisas. La mitad inferior emitía un resplandor lunar. La visión de su mejilla, de los labios y del mentón —tan interiorizada, tan presente en la vida tal y como la conocía— le hizo sentir una punzada de dolor al pensar que podía perderla.

—El mundo se ve más bonito con luces artificiales —dijo.

Siguieron avanzando en silencio. Ni uno ni otro soportaban el cotorreo de la radio o la intrusión de la música pregrabada. Una de tantas cosas en las que eran compatibles.

—¿Eso es todo?

—Sí —respondió él—. Lo que quiero decir es que... Se supone que la naturaleza virgen es el *súmmum* de la perfección, ¿no?, y que todo lo que ha hecho el hombre es una vergüenza, que sólo sirve para llenarla de trastos. Pero no disfrutaríamos del mundo ni la mitad si nosotros, si el hombre..., o sea, los seres humanos...

(Ella soltó uno de sus gruñidos de *ve-al-grano*.)

»... si no hubiésemos puesto luces eléctricas por todas partes. Las luces eléctricas son bonitas, en realidad. Hacen que conducir de noche, como hoy, sea soportable. Hermoso, incluso. O sea, imagina que tuviéramos que hacer este viaje totalmente a oscuras. Porque ése es el estado natural del mundo, por la noche, ¿no? Una oscuridad total. Imagínatelo. Sería un estrés no tener ni idea de adónde vas, no ver más que a unos metros de distancia. Y si fueras camino de una ciudad... Bueno, en un mundo no tecnológico no habría ciudades, supongo..., pero si fueses camino de un lugar en el que viviera otra gente, de manera natural, tal vez con unas cuantas fogatas..., no los verías hasta que ya estuvieras allí. No tendrías esa vista mágica, como cuando estás a pocos kilómetros de una ciudad, con todas las luces titilando, como estrellas sobre una ladera.

—Ajá.

—E incluso dentro de este coche, suponiendo que tuvieras coche, o alguna clase de vehículo, en ese mundo natural, algo tirado por caballos, supongo... Estaría oscuro como boca de lobo. Y haría frío, también, sería una noche de invierno. Pero en lugar de eso mira qué tenemos aquí.

Apartó una mano del volante (siempre conducía con las dos manos apoyadas simétricamente en él) y señaló el salpicadero. Las lucecillas habituales les respondieron con su brillo. Temperatura. Hora. Nivel de agua. Aceite. Velocidad. Gasolina.

—Peter...

—¡Oh, mira! —A varios centenares de metros se veía una figura pequeña, cargada, de pie en mitad del charco de luz de una farola—. Un autoestopista. Paro, ¿no?

—No, no pares.

El tono de su voz hizo que se lo pensara dos veces antes de llevarle la contraria, a pesar de que pocas veces perdían la oportunidad de mostrarse amables con los desconocidos.

El autoestopista levantó la cabeza esperanzado. Cuando la luz de los faros lo envolvió, su cuerpo —sólo por un instante— pasó de ser una forma vagamente humanoide a una persona con rasgos individuales reconocibles. Sostenía un cartel que decía HETHROW.

—Qué raro —dijo Peter, mientras pasaban zumbando por su lado—. Podría haber cogido el metro y ya está.

—Último día en Inglaterra —respondió Beatrice—. Última oportunidad de pasar un buen rato. Debió de gastarse todo el dinero británico que le quedaba en un pub, pensando en guardar lo justo para el tren. Seis copas después está ahí al fresco, pasando la borrachera, y lo único que le queda es el billete de avión y una libra con setenta.

Sonaba factible. Pero si eso era cierto, ¿por qué dejar en la estacada a esa oveja descarriada? No era propio de Bea dejar a alguien tirado.

Volvió la vista otra vez hacia su cara ensombrecida y se sobresaltó al ver lágrimas brillando en su mejilla y en la comisura de la boca.

—Peter...

Él apartó de nuevo una mano del volante, esta vez para apretarle el hombro. Suspendida sobre la autopista había una señal que indicaba el aeropuerto.

—Peter, ésta es la última oportunidad que tenemos.

—¿La última oportunidad?

—De hacer el amor.

Los intermitentes parpadearon levemente haciendo tic, tic,

tic mientras tomaba con cuidado el carril del aeropuerto. Las palabras «hacer el amor» trastabillaban contra su cerebro, tratando de entrar, a pesar de que no quedaba espacio dentro. Estuvo a punto de decirle: «Me tomas el pelo.» Pero aunque ella tenía un agudo sentido del humor, y le encantaba reír, nunca hacía broma con las cosas importantes.

Mientras seguían avanzando, la sensación de que no estaban en la misma onda —de que necesitaban cosas distintas en este momento crucial— se introdujo en el coche como una presencia turbadora. Él había pensado —había sentido— que la de ayer por la mañana había sido su verdadera despedida, y que este trayecto al aeropuerto era sólo... una posdata, casi. Ayer por la mañana fue *perfecto*. Por fin habían conseguido tachar todo lo que había en la lista de cosas por hacer. La maleta estaba preparada. Bea tenía el día libre, habían dormido como un tronco, y se habían despertado con la radiante luz del sol calentando la colcha amarilla de la cama. Joshua, el gato, estaba tendido a sus pies en una pose cómica; lo echaron de un empujoncito e hicieron el amor, sin hablar, despacio y con una gran ternura. Al terminar, Joshua había saltado de nuevo sobre la cama y había plantado tímidamente la pata trasera en la espinilla de Peter, como diciendo: *No te vayas; no dejaré que te muevas*. Fue un momento conmovedor que expresó la situación mejor de lo que podrían haberlo hecho las palabras, o quizás fue sólo que el encanto exótico del gato puso una capa peluda y protectora sobre el dolor humano desnudo y lo hizo soportable. Daba igual. Fue pura perfección. Se habían quedado allí tumbados, escuchando el gutural ronroneo de Joshua, envueltos uno en los brazos del otro, el sudor de ambos evaporándose con el sol, el ritmo de sus corazones volviendo poco a poco a la normalidad.

—Una vez más —le dijo ella ahora, por encima del ruido del motor, en una oscura autopista camino del avión que iba a llevarlo a América y más allá.

Consultó el reloj digital del salpicadero. Tenía que estar en el mostrador de facturación dentro de dos horas; estaban a unos quince minutos del aeropuerto.

—Eres increíble —dijo él.

Tal vez si pronunciaba las palabras de la manera exacta ella pillaría el mensaje de que no debían tratar de mejorar lo de ayer, que era mejor dejarlo tal como estaba.

—No quiero ser increíble —respondió ella—. Te quiero dentro de mí.

Siguió conduciendo unos segundos en silencio, adaptándose con rapidez a las circunstancias. La rápida adaptación a un cambio en las circunstancias era otra de sus cosas en común.

—Hay un montón de hoteles de negocios de esos horribles justo al lado del aeropuerto. Podríamos alquilar una habitación para una hora.

Se arrepintió del detalle del «horribles»; había dado la impresión de que trataba de disuadirla fingiendo que no. Sólo se refería a que era el tipo de hotel que ambos evitaban si podían.

—Busca un área de descanso —dijo ella—. Podemos hacerlo en el coche.

—¡La bizca! —soltó él, y los dos se rieron.

«La bizca» era la expresión que se había enseñado a decir en lugar de «La virgen» cuando se convirtió al cristianismo. El sonido era lo bastante parecido para desactivar la blasfemia cuando ya había salido media por su boca.

—Lo digo en serio —insistió ella—. Da igual dónde. Sólo aparca en un sitio donde no nos vaya a dar por detrás otro coche.

Ahora la autopista parecía distinta. En teoría seguía siendo el mismo tramo de asfalto, flanqueado por la misma parafernalia de tráfico y el mismo guardarraíl endeble, pero su propósito lo había transformado. Ya no era una línea recta que conducía al aeropuerto: era un paraje misterioso lleno de escondrijos y desvíos oscuros. La prueba, una vez más, de que la realidad no

era objetiva, sino que estaba siempre aguardando a ser remodelada y redefinida por la actitud de cada cual.

Por descontado, todo el mundo tenía el poder de remodelar la realidad. Era uno de los temas de los que Peter y Beatrice hablaban a menudo. El reto de conseguir que la gente comprendiera que la vida era tan triste y asfixiante como uno la percibiera. El reto de conseguir que la gente viera que los hechos inmutables de la existencia no eran tan inmutables a fin de cuentas. El reto de encontrar una palabra más sencilla para «inmutable» que «inmutable».

—¿Qué tal ahí?

Beatrice no contestó, sólo le puso la mano sobre el muslo. Él giró suavemente el volante hacia una parada de camiones. Tendrían que confiar en que no fuera el plan de Dios que los aplastara un camión de 44 toneladas.

—Yo nunca he hecho esto —dijo él después de apagar el motor.

—¿Crees que yo sí? Nos las arreglaremos. Vamos atrás.

Bajaron del coche por sus respectivas puertas y se reunieron segundos más tarde en el asiento trasero. Se sentaron como pasajeros, hombro con hombro. La tapicería olía a otra gente: amigos, vecinos, miembros de su iglesia, autoestopistas. Eso hizo que Peter dudara aún más de si podía o si debía hacer el amor allí, ahora. Pero... había también algo excitante en aquello. Se acercaron el uno al otro, buscando un suave abrazo, pero sus manos no acertaban en la oscuridad.

—¿Cuánto tardaría en agotar la batería la luz del interior? —preguntó ella.

—No tengo ni idea. Mejor que no nos arriesguemos. Además, daríamos un espectáculo a todos los vehículos que pasaran.

—Lo dudo —respondió ella, volviendo la cara hacia las luces de los faros que pasaban volando por su lado—. Leí una vez un artículo sobre una niña a la que estaban secuestrando. Consi-

guió saltar del coche cuando éste cogió la autopista y redujo la velocidad. El secuestrador la agarró, ella se resistió muchísimo, gritaba pidiendo ayuda. Pasó un coche detrás de otro. Nadie se paró. Entrevistaron a uno de esos conductores más tarde. Dijo: «Iba muy rápido, no me creí lo que estaba viendo.»

Él se removió incómodo en el asiento.

—Qué historia tan terrible. Y quizás no era el mejor momento para contarla.

—Lo sé, lo sé, lo siento. Estoy un poco... desquiciada ahora mismo. —Soltó una risa nerviosa—. Es tan duro... perderte.

—No me estás perdiendo. Sólo me voy un tiempo. Estaré...

—Peter, por favor. Ahora no. Esa parte ya está hecha. Hemos hecho lo que hemos podido con ella.

Se inclinó hacia delante, y él pensó que iba a ponerse a sollozar. Pero estaba buscando algo en el hueco entre los dos asientos delanteros. Una pequeña linterna a pilas. La encendió y la colocó en equilibrio en el reposacabezas del asiento del copiloto; se cayó. Entonces la encajó en la ranura que quedaba entre el asiento y la puerta, puesta de tal forma que el haz de luz enfocara el suelo.

—Tenue y agradable —dijo ella, de nuevo con voz firme—. El punto justo de luz para que podamos ver dónde está el otro.

—No estoy seguro de que pueda hacer esto.

—Vamos a ver qué pasa —respondió ella, y empezó a desabotonarse la blusa, dejando a la vista el sujetador blanco y la curva de los pechos. Dejó que la blusa le resbalara por los brazos y sacudió los hombros y los codos para liberar las muñecas del sedoso material. Se quitó la falda, las medias y las bragas todo de una vez, haciendo gancho con sus fuertes pulgares, y consiguió que aquel movimiento pareciera grácil y fluido.

—Ahora tú.

Él se desabrochó los pantalones y ella le ayudó a quitárselos. Entonces se deslizó hasta quedar tumbada de espaldas y retorció los brazos para quitarse el sujetador mientras él trataba

de recolocarse sin aplastarla con las rodillas. Se dio un cabezazo contra el techo.

—Parecemos un par de adolescentes ineptos —se quejó él—. Esto es...

Ella le puso la mano en la cara, tapándole la boca.

—Somos tú y yo —le dijo—. Tú y yo. Marido y mujer. Está todo bien.

Estaba totalmente desnuda, salvo por el reloj que llevaba en su delgada muñeca y el collar de perlas en torno al cuello. A la luz de la linterna, el collar dejó de ser un elegante regalo de aniversario para convertirse en un primitivo adorno erótico. Los pechos temblaban por la fuerza de sus latidos.

—Vamos. Hazlo.

Así que comenzaron. Apretados el uno contra el otro ya no podían verse; el propósito de la linterna había concluido. Sus bocas se habían encontrado, sus ojos estaban cerrados, sus cuerpos podrían haber sido los cuerpos de cualquiera desde que el mundo fue creado.

—Más fuerte —dijo ella jadeando poco después. Su voz tenía un matiz brusco, una tenacidad tosca que nunca le había oído. Su forma de hacer el amor había sido siempre decorosa, amistosa, impecablemente considerada. Unas veces serena, otras veces enérgica, otras atlética, incluso, pero nunca desesperada—. ¡Más fuerte!

Apretujado e incómodo, con los dedos de los pies chocando contra la ventanilla y rozándose las rodillas contra la viscosa afelpada del asiento trasero, lo hizo lo mejor que pudo, pero el ritmo y el ángulo no eran los adecuados, y no calculó bien cuánto tiempo más iba a necesitar ella y cuánto podría aguantar él.

—¡No te pares! ¡Sigue! ¡Sigue!

Pero se acabó.

—No pasa nada —dijo ella al fin, y se escurrió de debajo de él, pegajosa de sudor—. No pasa nada.

Llegaron a Heathrow con tiempo de sobra. La mujer de facturación le echó un vistazo al pasaporte de Peter. «Viaja sólo de ida a Orlando, Florida, ¿no?» «Sí», respondió él. Le preguntó si tenía alguna maleta que facturar. Con un balanceo del brazo, colocó una bolsa de deporte y una mochila sobre la cinta. Aquello daba mala espina, de algún modo. Pero la logística de su viaje era demasiado complicada e incierta como para reservar el billete de vuelta. Habría querido que Beatrice no estuviese allí a su lado, oyendo esas confirmaciones de su inminente despegue hacia la nada, habría querido que no tuviera que oír eso de «sólo de ida».

Y luego, claro, una vez le entregaron la tarjeta de embarque, quedaba más tiempo por llenar antes de que le permitieran subir al avión. Uno al lado del otro, Beatrice y él se alejaron deambulando de los mostradores de facturación, algo deslumbrados por el exceso de luz y por la escala monstruosa de la terminal. ¿Era la luz cegadora de los fluorescentes lo que hacía que la cara de Beatrice se viera demacrada e intranquila? Peter le pasó un brazo por el final de la espalda. Ella le respondió con una sonrisa tranquilizadora que no lo tranquilizó. ¿POR QUÉ NO COMENZAR LAS VACACIONES EN LA PLANTA DE ARRIBA?, tentaban los carteles. CON NUESTRA AMPLIA VARIEDAD DE OPORTUNIDADES ¿PUEDE QUE NO QUIERA MARCHARSE!

A esa hora de la tarde, el aeropuerto no estaba demasiado concurrido, pero aun así había bastante gente arrastrando equipaje y curioseando en las tiendas. Peter y Beatrice se sentaron cerca de una pantalla de información a esperar el número de su puerta de embarque. Se cogieron de la mano, sin mirarse, viendo desfilar a las docenas de futuros pasajeros. Una pandilla de chicas jóvenes y guapas, vestidas como bailarinas de barra americana a punto de empezar su turno, salieron de una tienda libre de impuestos cargadas de bolsas. Pasaron tambaleándose sobre tacones altos; a duras penas podían cargar con tanto trofeo. Peter se inclinó hacia Beatrice y murmuró:

—¿Cómo puede querer alguien coger un vuelo así de cargado? Y luego, cuando llegan adondequiera que vayan, compran todavía más cosas. Y mira: si casi no pueden ni caminar.

—Ajá.

—A lo mejor de eso se trata. A lo mejor es una exhibición organizada especialmente para nosotros. La absoluta falta de practicidad de todo, hasta de esos ridículos zapatos. Una manera de decirle al mundo que estas chicas son tan ricas que no tienen que preocuparse por la vida real. Su riqueza las convierte en criaturas distintas, una cosa exótica que no tiene por qué funcionar como un ser humano.

—Esas chicas no son ricas —dijo Bea negando con la cabeza—. La gente rica no viaja en manada. Y las mujeres ricas no caminan como si no estuvieran acostumbradas a llevar tacones altos. Esas chicas son sólo jóvenes, y les gusta comprar cosas. Para ellas es una aventura. Se exhiben unas a otras, no a nosotros. Nosotros somos invisibles para ellas.

Peter miró a las chicas, que se tambaleaban hacia un Starbucks. Sus traseros temblaron bajo las faldas arrugadas, y sus voces se volvieron chillonas, delatando acentos regionales. Bea tenía razón.

Suspiró, le estrechó la mano. ¿Qué iba a hacer sin ella, allí sobre el terreno? ¿Cómo se las apañaría, sin poder discutir sus percepciones con nadie? Era ella quien le impedía decir disparates, la que frenaba su tendencia a elaborar grandes teorías que lo abarcaban todo. Ella lo mantenía con los pies en el suelo. Habría dado un millón de dólares por tenerla a su lado en esta misión.

Pero costaba más de un millón de dólares enviarlo sólo a él, y la USIC se hacía cargo de la factura.

—¿Tienes hambre? ¿Te traigo algo?

—Hemos comido en casa.

—¿Una chocolatina o algo?

Ella sonrió, pero parecía cansada.